Latinoamericanos del éxodo y del llanto

D.L. PITTY

León Felipe habló de los españoles del éxodo y del llanto. En todas las épocas ha habido gente del éxodo y del llanto. En este momento, varios países de América Latina –en virtud de la escalada fascista urdida por las fuerzas más retrógradas con el apoyo del imperio– padecen opresión y terror. En tales circunstancias, muchos de los mejores ciudadanos van al exilio, a la clandestinidad, a la cárcel o, como sucede con creciente y dolorosa frecuencia, son asesinados desde la sombra, con absoluta impunidad y cobardía. Entonces, podemos decir con el poeta que hoy el nuestro es un continente del éxodo y del llanto.

Sin embargo, pese a la adversidad y las calamidades (muchas veces en la historia ha acontecido algo semejante; el período nazi resulta particularmente ilustrativo al respecto), el amor a la vida, la voluntad de triunfo y la esperanza no abandonan a los exiliados. Aquí, allá, en todas partes, la gente del destierro piensa en las grandes y en las pequeñas cosas, en los sueños y anhelos que no han sido (ni podrán serlo) aniquilados por el extrañamiento o la derrota.

A continuación, como un modesto acto de solidaridad con los patriotas y revolucionarios latinoamericanos perseguidos, ofrecemos dos textos en los que son perceptibles los sentimientos y las preocupaciones de los protagonistas del éxodo y del llanto. El primero es parte de una entrevista concedida por un exiliado. El segundo es un fragmento de una carta escrita por otro a alguien allegado suyo.

Primero

LOS RECUERDOS RECURRENTES

Mira, resulta bastante difícil precisar qué es lo que uno más recuerda o añora de la patria cuando está lejos de ella. En un momento es una cosa y en otro es otra. A veces es una palabra, un olor, el sonido del agua, los ladridos de un perro en el monte, los ruidos de los autos en la noche, ciertas tonalidades de la luz en las montañas o en el mar, el sufrimiento de un amigo que ha perdido a su primer hijo, el miedo que uno sintió esa vez que la tropa disolvió a balazos una manifestación, la mirada o la sonrisa de una desconocida en la calle. . . Pueden ser muchas cosas. Creo que depende del momento y del estado de ánimo.

Claro, hay recuerdos recurrentes, que parecieran grabados a fuego en la memoria o en la sangre. Esos siempre están vivos, se revuelven dentro de uno y aparecen hasta en los sueños. Es decir, más que rememoraciones, son materia viva, parte de cada día; en cierto modo, son una especie de vínculo entre el presente y el pasado. Dan sostén y continuidad a la vida. En ocasiones dan la impresión de que crecen junto con uno, de que cada nueva experiencia los revitaliza y enriquece. Eso sucede, por ejemplo, para ponerte dos cuestiones extremas, con las penurias de la cárcel y con la primera experiencia amorosa. Ellas marcan profundamente. Te transforman. Nadie es el mismo después de haberlas vivido.

Se supone que en esta entrevista no [illegible] específicamente po[illegible] que una de las cosas [illegible] principio de mi [illegible] fue la carcelería [illegible] No es que me [illegible] pero la relación [illegible] la que tenía [illegible] sobre todo con [illegible] Acá era una [illegible] amistosa; allá [illegible] todos éramos [illegible] vasto drama, [illegible] nos conjuntamente una misma situación. (Ya sabes, como sabe todo el mundo, cuál es la situación de mi país). Bien, ese elemento de intensidad o de drama (como te parezca mejor) en mis relaciones con la gente, lo echaba de menos. Pero luego, como pasa con todo, me adapté.

Ahora, hay algo que quiero decirte aunque pueda sonar un poco pretencioso: cuando uno se siente parte de la gente que trabaja y lucha en pro de la transformación del mundo, en favor del establecimiento de la justicia, nunca está realmente solo. Esto parece retórico, pero creo que así es y así lo siento. Desde que tuve una noción clara de lo que somos los latinoamericanos, de lo que significa vivir aquí y en este tiempo, nunca me he sentido solo o derrotado. De algún modo, sé que en cualquier lugar de América donde me halle estaré en mi patria. Y tal vez en cualquier lugar del mundo, porque la solidaridad es universal y en todas partes hay gente que lucha por lo mismo que uno. Entonces, me parece que el destierro tiene el carácter que uno le da: puede ser doloroso, traumatizante y negativo, pero también puede convertirse en una enseñanza, en una experiencia positiva. Supongo que eso depende de la conciencia y del carácter de cada quien.

Yo nací en un pueblito que está a mil metros sobre el nivel del mar, en una gran llanura en declive, rodeada de cerros. Ese es el sitio que más recuerdo. Los primeros años de mi vida los pasé en ese pueblo de tonos azules. El mar se ve a la distancia, como colgado del cielo. Lo que me ocurrió allí se me ha grabado para siempre. Allá tengo mis muertos queridos y algunas de las vivencias mas extraordinarias y puras. ¿Sabes lo que significa para un muchacho campesino pescar su primer pez o derribar su primer árbol? Allá tuve abuelos y tíos prodigiosos, seres hechos de sudor y ternura. (Mi abuela es la mujer que más ha influido en mi vida. Uno de los tíos, aventurero, medio bohemio y analfabeto, cazaba tigres y recitaba de memoria fragmentos del **Martín Fierro**.). Creo que, sin saberlo o imaginarlo, ellos me inculcaron el amor a la vida y a la gente. Eran seres sin enemigos. Querían a todo el mundo. Bueno, ese pueblito, esa llanura, esos cerros, esos rostros y ese mar distante los llevo siempre conmigo.

También recuerdo a menudo algunos lugares y acontecimientos de la capital, en la que [illegible] desde los doce años. En ella pasé [illegible] madrugadas conversando [illegible] amigos adolescentes. Discutíamos el Derecho Humano, el socialismo [illegible] lo hacía y por hacer. En [illegible] teníamos una pasión tremenda por [illegible] nos sobraba la vida. A veces pienso en ciertos atardeceres marinos e en días de intensa lluvia. En mi tierra los aguaceros son verdaderos diluvios. En verdad, con frecuencia hago collages en la memoria y mezclo muchas cosas para tener una imagen más completa de la patria. Acaso podría decirte que nunca he salido de mi país, pues como tengo la fortuna de haberlo recorrido casi todo, siempre lo tengo conmigo. Eso es lo que puedo decirte. Y, para terminar, que siempre, todos los días, pienso en el regreso.

Segundo

LA PATRIA DEL EXILIO

. . . Debes saber (y recuérdalo siempre) que mi única culpa es amar a nuestra patria y a nuestro pueblo. Es por esto que, que quienes hoy tienen el poder y oprimen a nuestro país, me consieran indeseable y peligroso; para ellos soy un ser maligno que atenta contra los privilegios de que disfrutan. Pero no me importa lo que ellos digan. Que me odien. Está bien. Que me destierren. Está bien. Pero eso no les dará nunca la razón. Pueden odiarme a mí y a todos los que luchan en favor de la liberación del pueblo, pueden desterrarnos o matarnos, pero al final triunfará la causa del pueblo. Eso es lo más importante. Eso es lo definitivo. Ello saben que así será. Y tienen miedo. Y el miedo los hace ser crueles. Allá la censura impide que los periódicos digan todo lo que hacen, pero afuera se sabe cómo torturan y asesinan, cómo roban y traicionan al país. Su brutalidad les ha ganado el desprecio del mundo. Ahora, todas sus fechorías saldrán a la luz algún día, y el pueblo les hará pagar hasta el último centavo que hayan robado y hasta la última gota de sangre que hayan vertido. Ese día llegará. Nada podrá impedirlo. Y será una fecha gloriosa y memorable para todos los que ahora sufren.

Otra cosa que quiero decirte es que hoy muchos de los mejores hombres de algunos países latinoamericanos sufren [illegible] persecución y exilio. Los enemigos [illegible] pueblo latinoamericano [illegible] forman un [illegible] lo han explotado [illegible] y agredido, sienten [illegible] su fin; por eso [illegible] barbarie y el terror: [illegible] intactos sus [illegible] avanzar al pueblo y seguir [illegible] Pero esta situación no durará eternamente, y los encarcelados serán liberados, y los exiliados volverán a sus patrias, a seguir luchando por el progreso y la felicidad de los suyos. Así que no te desesperes proque ahora no estoy con ustedes: un día no muy lejano estaremos juntos. Y, ya libre nuestro país, nada podrá separarnos.

Te decía que los latinoamericanos formamos un gran pueblo. Bien. Esto lo sabemos desde hace mucho, pero las divisiones persisten porque los enemigos de nuestros patrias (los externos y los internos) han impedido que cristalice la unión a que están destinadas. Hombres como Bolívar, Morazán, Martí, Che Guevara y muchos otros han luchado por lograr esa unión. Y cada día está más próximo el momento en que triunfe este esfuerzo colectivo y América Latina sea el continente de la unión en la libertad. Como decía el dueño de la funeraria, cuando quería vender un lote en el panteón, ¿recuerdas?, **ese es un hecho ineluctable.**

Lo que quiero decirte es lo siguiente: Cuando a alguien lo destierran es con el fin de desarraigarlo, de quitarle su patria, para que, lejos de su tierra, de su familia y de sus amigos, de todo lo que le es más querido, se sienta desdichado y huérfano. Lo destierran para anularlo políticamente y herirlo, mutilarlo, espiritualmente. A lo largo de la historia, desde los antiguos atenienses hasta hoy, no ha sido otro el propósito del exilio. Sin embargo, en el caso de los exiliados latinoamericanos de nuestros días, los dictadores y sátrapas no han conseguido la finalidad perseguida. Los revolucionarios y patriotas latinoamericanos no han podido ser esterilizados políticamente ni quebrantados espiritualmente; más bien se podría decir que ha sucedido lo contrario: que el extranamiento y la pena los han fortalecido.

Ahora, ¿por qué ha ocurrido esto? Porque el pueblo mexicano les ha brindado amistad y hogar y porque (observa qué significativo es esto) aquí, en esta tierra experimentada en la lucha por la libertad, en el seno de este pueblo que ha derrotado a enemigos poderosos, han comprendido que no han perdido una pequeña patria, sino que, sin quererlo, al expulsarlos de ella, los enemigos les han dado una patria grande. Esa es la realidad. Para los desterrados, la patria no es ya Chile, Argentina o Uruguay, sino América Latina. La conciencia y el concepto de patria se les han ensanchado, han adquirido perfiles más amplios, en el exilio; el destierro les ha dado una patria mayor. Por esa razón no se sienten infelices. Así, cuando cada quien regrese a su terruño no se sentirá, como antes, hijo de una patria pequeña y débil, sino ciudadano de una patria inmensa y fuerte. Y eso mismo sentirán algún día todos los integrantes del gran pueblo latinoamericano. Con esa idea, con esa esperanza debemos luchar y vivir. . .

Hasta la próxima. Te abraza

K.

P.D. Acabo de enterarme de que unos legisladores norteamericanos recriminan a México, entre otras cosas, el brindar refugio a miles de desterrados latinoamericanos. ¿Querían que los perseguidos sean devueltos a los campos de concentración y a los pelotones de ejecución de Pinochet, o que sean descuartizados por los torturadores de los otros regímenes fascistas que defienden los valores de Occidente? Esos congresistas infaman la memora de Jefferson y de Lincoln en el bicentenario de su país. Pero, en fin, de ellos es de esperarse cualquier cosa porque son representantes de los nefastos intereses que siempre nos han sojuzgado y explotado. ¿Sabes?, en cierto modo, está bien que lo hagan, para que nadie se llame a engaño sobre quiénes son nuestros enemigos. Bueno, en la próxima hablaremos más en detalles de estas cuestiones. Cuídate mucho.